



Carmen Núñez Rodríguez

# **Fabiola**

## **Drama en tres actos y en prosa**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Carmen Núñez Rodríguez

# Fabiola

## Drama en tres actos y en prosa

### PERSONAJES

FABIOLA, noble dama romana.

INÉS, de catorce años, prima suya.

SYRA Joven cristiana.

Esclavas al servicio de Fabiola.

CECILIA, ciega mendiga, mensajera de los cristianos.

EMERENCIANA, hermana adoptiva y protegida de Inés.

EUFROSINA, anciana criada de Fabiola.

AFRA

GRAIA

Grupo de jóvenes. Esclavas. Guardias.

La escena pasa en Roma. Época del emperador Diocleciano.

Acto I

Escena I

Lujoso cuarto-tocador en casa de FABIOLA. Sobre la mesa, varios enseres, entre ellos un pequeño puñal con mango de oro.

FABIOLA, SYRA, AFRA, GRAIA.

FABIOLA, sentada en un sillón. Sus esclavas, en pie alrededor suyo.

AFRA.- ¡Qué hermosa estáis, señora! Nada puede igualar al brillo de vuestros ojos, que hace resaltar el blanco mate de vuestra tez, más deslumbrante aún por la nueva preparación que con tanto trabajo he obtenido. El efecto que vais a producir esta tarde será sorprendente.

GRAIA.- Pues ¿y la elegancia natural de vuestro talle, que esta preciosa túnica modela tan admirablemente? En su confección he trabajado sin descanso noche y día; pero mis desvelos están bien recompensados al ver su efecto encantador. De seguro que no hay en Roma otra parecida, ni puede haber dama que os iguale en elegancia. ¡Si yo pudiera desde un rincón ver cuánto os celebrarán!

FABIOLA.- ¿Y tú, Syra, nada deseas? ¿Nada tienes que encarecer de tus obras?

SYRA.- Nada deseo, señora, sino que seáis feliz. Nada tengo que encarecer de mis servicios, porque no hago más que cumplir con mi deber.

FABIOLA.- ¡Hola, esclava! No eres muy dada a las alabanzas. Nunca escucho de tus labios una palabra lisonjera.

SYRA.- ¿Y de qué sirve la lisonja en boca de una pobre sierva? Vos, sin duda, las despreciáis al escucharlas.

FABIOLA.- ¿Y no sabes que aunque las desprecie, si ese es mi gusto, debes hacerlo? Te he comprado a muy alto precio, y tengo tanto derecho al servicio de tu lengua como al de tus brazos. Si quiero que me alabes, y me lisonjees, y celebres mis hechos, quieras o no, debes hacerlo. Tu vida me pertenece.

SYRA.- Tenéis razón, señora. Debo servirlos con todas mis fuerzas, porque os pertenece mi vida, mi cuerpo y con él las sus facultades. Pero hay algo en mí que no podría comprarse con todo el oro del mundo.

FABIOLA.- (Con ironía.) ¿Y qué objeto es ese tan precioso que posee mi esclava Syra?

SYRA.- Un alma inmortal, señora.

FABIOLA.- ¿Un alma... inmortal..., has dicho? ¿Y qué entiendes por eso?

SYRA.- Un espíritu inmortal que vive en mí, capaz de conocer el bien y el mal; el bien, para seguirle y amarle eternamente; el mal, para apartarme de él; por eso huyo de la lisonja y de la mentira.

FABIOLA.- ¿Y quién te ha enseñado esas locuras? ¿Dónde has aprendido a hablar de ese modo? Yo, que tanto he estudiado, jamás he visto en mis libros semejantes ideas. ¿Y una esclava sin educación pretende saber más que su señora? ¿Cómo puedes figurarte que cuando tu cadáver haya sido arrojado a la fosa común en compañía de otros mil, o quemado en una hoguera, has de sobrevivir?

SYRA.- No todo muere, señora. Espero y creo firmemente, que del osario mismo que has descrito saldrá cada partícula de mi cuerpo para volver a reunirse y formarse; y un poder que llamará a sí a los cuatro vientos del cielo les hará devolver cada átomo de mi polvo, y resucitaré, no como esclava tuya, ni de nadie, sino libre, inmortal, gloriosa y adornada de dotes celestiales.

FABIOLA.- Absorta me deja, esclava, tu manera de discurrir. ¿En qué escuela, di, aprendiste esos contrasentidos? Nunca he oído nada de eso en los autores griegos ni latinos.

SYRA.- En una de mi propio país, en donde no hay distinción conocida entre sabios e ignorantes ni entre libres ni esclavos.

FABIOLA.- ¡Hola! ¿Conque sin esperar siquiera esa futura existencia después de la muerte presumes ser igual a mí? ¿Si pretenderás también serme superior? Vamos, ven y dímelo de una vez.

SYRA.- Señora mía, vos me sois muy superior en poder, en riquezas, en talento y en dotes naturales; pero si he de contestar ingenuamente..., ¿cómo me puedo creer inferior en dignidad moral ni en grandeza de pensamientos, yo, que espero una vida gloriosa e inmortal, a la que no aspira a más altos destinos, ni piensa tener más noble fin que el que aguarda a los brutos de la tierra?

FABIOLA.- ¡Insolente! ¿Eso te atreves a decirme?

(Tomando el puñal de la mesa va a herir a SYRA, que lanza un grito. Las otras esclavas huyen despavoridas por la izquierda, y por derecha entra INÉS vestida de blanco, con el cabello suelto.)

## Escena II

FABIOLA, SYRA, INÉS.

INÉS.- Querida Fabiola, ¡qué agitada te encuentro! ¿Qué te sucede?

FABIOLA.- Nada... Acabo de castigar la insolencia de una esclava atrevida y... tal vez me he excedido en el castigo. Vete, Syra; no quise hacerte tanto daño. Di a Eufrosina que te cure la herida, y... ¡toma en recompensa!

(Se quita una sortija y se la da. Vase SYRA.)

## Escena III

Dichas, menos SYRA. Después, una esclava.

INÉS.- Pero ¿qué daño te ha hecho esa pobre esclava para ser castigada de ese modo? ¡Y por ti, prima mía, que tienes un buen corazón!

FABIOLA.- ¡Qué quieres!... Me dejé llevar de un arrebato. Ha sido atrevida hasta el extremo. ¡Figúrate que pretende ser superior a mí!

INÉS.- ¿Superior a ti?... ¿Y en qué sentido?

FABIOLA.- Me concede las ventajas de la hermosura, de las riquezas y del talento; pero pretende que después de la muerte ha de vivir de una manera gloriosa, felicísima y esto me humilla a mí, pues mis ventajas han de concluir con el tiempo.

INÉS.- ¡Qué lástima, prima mía! ¡Qué lástima que la muerte venga a convertir en polvo tu belleza y apague con su hálito helado la antorcha luminosa de tu talento, sin que sobreviva nada..., nada!

FABIOLA.- Esa esclava dice que posee un alma inmortal, pero...

INÉS.- ¡Si fuera verdad! ¡Qué hermosa sería el alma de mi querida Fabiola! ¡Qué adornada de dotes y de gracia estaría!

FABIOLA.- ¡Niña! Tienes una dulzura y encanto en tus palabras irresistible; pero... esas son ideas orientales...

INÉS.- Prima mía, ¿por qué no ha de ser verdad? ¿Por qué no hemos de habitar algún día esa región de luz, de paz y de bienandanza, en donde no hay ninguno de los males de esta vida y donde es eterna la dicha y la felicidad?

UNA ESCLAVA.- (En la puerta.) Señora: su padre la llama. Los convidados esperan en la mesa. (Vase.)

FABIOLA.- Vamos, querida Inés. ¿No me acompañas?

INÉS.- No. Prefiero quedarme aquí aguardando tu vuelta, pero no olvides nuestra conversación. ¡Qué dicha si habitásemos juntas esa región tan hermosa!, ¡tan hermosa!

FABIOLA.- (Sonriendo.) Bien. Si tú me guías, iré gustosa; pero si en ella hay ángeles, tú debes ser uno. Adiós, prima

INÉS.- Pues iré delante de ti para abrirte el camino. Adiós.

(Sale FABIOLA.)

(Por el lado opuesto entra SYRA con el brazo vendado. INÉS, al verla, se levanta y va hacia ella.)

Escena IV

INÉS y SYRA.

INÉS.- Querida Syra, ¿es posible que tan cruel tratamiento hayas recibido! Pero no sucederá más en adelante. Voy a rogar a mi prima que me permita llevarte a mi casa, y allí no serás esclava. Serás lo que eres delante de Dios: mi hermana, mi hermana muy querida.

SYRA.- ¡Gracias, mi querida señora Inés! ¡Gracias!, pero no puedo aceptar. El brazo está ya vendado y creo que esto no será nada.

INÉS.- Pero te expones a sufrir de nuevo malos tratos como el de hoy. Mi prima tiene buen corazón; mas su carácter arrebatado no ha podido ser reprimido por principios de moralidad; y su educación, descuidada en esta parte, produce sus tristes efectos, aunque después lo sienta.

SYRA.- No importa: lo sufriré. Debo sufrirlo sin apartarme de mi lugar. ¿Quién sabe? A veces la Providencia se vale de los instrumentos más inútiles, y tal vez me ha colocado aquí con algún fin.

INÉS.- (Con ansia.) Habla, Syra, explícate. ¿Qué pretendes? ¿Qué piensas?

SYRA.- Hace tiempo que vengo observando a vuestra noble prima. ¡Qué alma tan grande y qué brillante inteligencia la suya! ¡Qué hermosas cualidades y qué altos conocimientos si reflejasen la luz de la verdad! ¡Con qué cuidado guarda la preciosa perla de la virtud, cuyo valor sólo nosotras conocemos! ¡Qué gran cristiana sería!

INÉS.- Prosigue, por amor de Dios... ¿Lo esperas, Syra?

SYRA.- Este es al menos el objeto de todas mis plegarias, la ocupación constante de mi vida. Probaré a vencerla con mi paciencia, con mi asiduidad, con discusiones como la que hoy hemos tenido.

INÉS.- Muy difícil me parece. Mucho ha de costar. Fabiola aborrece y desprecia a los cristianos, de los que tiene la más equivocada idea. Yo misma, a pesar de toda su ternura, jamás me he atrevido a revelarle que soy cristiana.

SYRA.- Cuando esté todo agotado tengo aún otro recurso.

INÉS.- ¿Y cuál es ése?

SYRA.- El de dar mi vida por su conversión. Quizás acepte Dios mi sacrificio, aunque mi vida nada vale. Pero dejadme aquí, querida señora.

INÉS.- (Levanta al cielo los ojos y permanece un instante en silencio. Después dice.) Sí; vencerás, hermana Syra. Permanece en tu puesto. Tan generoso valor ha de alcanzar su triunfo.

SYRA.- Sobre todo, si vos me ayudáis con vuestras oraciones.

Escena V

Dichas y CECILIA.

CECILIA.- (Entrando.) ¡Syrá! ¡Syrá! ¿Estás sola?

SYRA.- (La coge de la mano y la conduce a un asiento.) No. Está aquí nuestra querida protectora Inés. Pero ¿qué traes, querida Cecilia? Vienes muy agitada.

CECILIA.- Traigo un aviso de la mayor importancia, y me alegro de que esté aquí nuestra querida señora Inés, porque es una de las primeras que deben saberlo.

INÉS.- Tranquilízate, querida Cecilia, y dinos, ¿qué ocurre?

CECILIA.- Una cruel persecución, como jamás acaso se ha conocido, se prepara para los cristianos. Nuestro amado Pontífice me envía a avisar a nuestros hermanos: a unos, para que se armen de valor; a otros, para que si pueden huyan y se escondan, porque torrentes de sangre cristiana inundarán la tierra. El cruel Diocleciano ha dado ya sus órdenes, y en Roma trata de cumplirlas Maximiano con la mayor ferocidad. Han hecho venir del África tigres, panteras y leones para el anfiteatro. La más leve sospecha de ser cristiano puede acarrear la muerte entre los tormentos más horribles.

(Hay un momento de silencio.)

INÉS.- Si el Señor nos hace la gracia de concedernos la corona del martirio, Él nos dará el valor necesario. Por mi parte, sería demasiada ventura poder presentarme al Amado ofreciéndole mi vida en holocausto. ¡No me atrevo a esperarlo!

CECILIA.- Yo también, pobre ciega, anhelo con ansia ver la luz, la luz verdadera que alumbrará mis ojos para siempre en la presencia de mi amado Bien.

SYRA.- ¿Conque las dos queréis iros al cielo y dejarme aquí?

INÉS.- Acuérdate, Syra, de que tienes una misión sagrada que cumplir sobre la tierra. Abandonémonos a la Providencia, que a cada uno dirigirá a su propio destino. Y ahora, adiós. Mi prima tal vez me espera.

SYRA.- Yo también debo retirarme.



CECILIA.- Valor y confianza en Dios, hermanas mías.

INÉS.- Él os guarde y os guíe.

(Se van las tres por distintos lados.)

## Acto II

Obscuro y amplio calabozo con arcos y puertas en diferentes lados.

### Escena I

INÉS sola orando de rodillas. Después, EMERENCIANA.

INÉS.- Escuchaste por fin, Amado mío, la súplica de mi corazón, oíste la plegaria de mi alma. Podré poner a tus pies la corona de la mártir al mismo tiempo que la de mi amor. ¡Voy a verte! ¡A recrearme en tu divina hermosura! ¡A beber en el eterno manantial de la dicha que dimana de Ti! ¡Oh, mi Bienamado! Lo que tanto he codiciado lo veo ya próximo. Lo que tanto he deseado voy a tenerlo dentro de breve tiempo. ¡Gracias, Amado mío, gracias! Porque Tú eres la palmera a cuya sombra anhelo descansar eternamente, la fuente de aguas vivas que saciará mi sed...

EMERENCIANA.- (Entrando.) ¡Inés! ¡Inés querida!

INÉS.- (Levantándose.) ¿Quién me llama?

EMERENCIANA.- Soy yo, Emerenciana, tu hermana adoptiva. ¿Es posible que quieras dejarme? ¿Es posible que vayas a morir?

INÉS.- A morir, no, Emerenciana; a vivir, a vivir eternamente. Mira qué alegre estoy porque es éste el día de mis desposorios. Voy a unirme a mi Esposo, que me espera en el cielo y desde allí me llama.

EMERENCIANA.- Sí; pero me dejas a mí en la tierra; a mí, que tanto te amo y te necesito, y a tus padres también, y a Fabiola...

INÉS.- Tú irás después a reunirme conmigo. En el cielo te esperaré. Mis padres, aunque al pronto sentirán dolor, después se alegrarán de tener una hija digna de ellos. Fabiola... nada sabe...

EMERENCIANA.- Sí, Inés. A estas horas debe ya saberlo; se le ha mandado aviso.

(Se oye ruido de hierros.)

INÉS.- Vienen a buscarme. Me llevarán delante del juez, y voy a declarar a la faz del mundo entero que soy cristiana, que tengo el alto honor, la dicha inmensa de ser cristiana.

EMERENCIANA.- ¡Inés, hermana mía! ¡Esa declaración te costará la vida!

INÉS.- Di más bien: te dará la vida. La vida verdadera, la vida inmortal en el seno de mi Dios.

UNA VOZ.- (En la puerta.) Salga la reo.

(INÉS se dirige a la puerta y desaparece.)

EMERENCIANA.- (Sola.) ¡Virgen purísima! ¡Tú que eres la madre y el amparo de las doncellas cristianas, tiende ahora sobre nosotras tu mirada de clemencia, y si quieres llevarte a Inés al excelso coro de las vírgenes que te acompaña, cuida de mí sobre la tierra; guíame, Tú, Madre de misericordia, para que algún día la acompañe en el cielo!

## Escena II

EMERENCIANA y EUFROSINA.

EUFROSINA.- (Entrando.) ¡Señora! ¡Señora Inés!

EMERENCIANA.- Buena Eufrosina, Inés no está aquí. Ha ido a comparecer ante los jueces. Su muerte es casi segura.

EUFROSINA.- ¡Dioses inmortales! ¿Qué desgracia cobija a la familia? ¡Mi señora Fabiola ha estado a punto de morir; tiemblo al pensarlo! Sólo por un milagro se ha podido salvar. Pero hay una esclava gravemente herida y en la casa todo es confusión. Por eso no me he atrevido a dar a mi señora el aviso de lo que ocurre con su prima, y he venido yo misma, sin que ella supiera nada.

EMERENCIANA.- ¡Una esclava herida! ¿Syra tal vez?

EUFROSINA.- Ciertamente, Syra. Figuraos que entró en casa un hombre, loco rematado sin duda, y después de tener una acalorada discusión con la señora quiso matarla con un puñal; pero la buena Syra, que se hallaba cerca, llegó a tiempo de salvar a la señora, recibiendo el golpe mortal. ¡Ha sido una heroína! Está muy grave. Se le aplican todos los remedios posibles, y la señora no se aparta de su lado. ¡Pobrecita! ¡Cuando sepa que también su prima Inés va a morir! Pero esto no puede ser. Una dama tan noble como la señora Inés no puede menos de salir libre de este lugar.

EMERENCIANA.- No lo creáis, buena Eufrosina. La acusación que pesa sobre Inés es en las actuales circunstancias la más terrible. Además, ella, declarando ante los jueces, no trata de disimular, sino de decir la verdad abiertamente.

EUFROSINA.- ¡Dioses inmortales! Pero ¿de qué pueden acusar a esa niña, a ese ángel de inocencia y de bondad?

EMERENCIANA.- De ser cristiana.

EUFROSINA.- ¿De ser cristiana decís? ¡Oh, cielos! ¡Qué horror! ¡La señora Inés metida entre esos murciélagos?...

Escena III

Dichas y FABIOLA.

FABIOLA.- (Desde la puerta.) ¡Inés!... ¡Inés!

EUFROSINA.- Señora, vuestra prima...

FABIOLA.- ¿Qué haces aquí? Vuelve a casa a cuidar de la pobre Syra. ¡Anda!

(EUFROSINA sale.)

Escena IV

FABIOLA, EMERENCIANA.

FABIOLA.- Pero ¿dónde está Inés? ¿Dónde está mi prima?

EMERENCIANA.- ¡Señora!... Vuestra prima... En este momento...

Escena V

FABIOLA, INÉS.

INÉS.- (Entrando con cadenas y grillos.) Querida Fabiola, aquí me tienes.

(EMERENCIANA se va.)

FABIOLA.- ¿Qué es esto? ¡Inés querida! ¿En este lugar y de este modo había de volver a verte? ¿Tú prisionera? ¿Tú con hierros? ¡Cielos! ¿Qué es esto?

INÉS.- Es, querida Fabiola, es... que voy a morir.

FABIOLA.- ¿A morir tú, Inés mía?... No, no puede ser. Estoy yo aquí para salvarte. Esto debe ser una horrible calumnia. ¿De qué te acusan a ti, la más pura, la más angelical de las criaturas?

INÉS.- Me acusan de ser cristiana.

FABIOLA.- ¿De ser cristiana?... ¡Qué horror! Yo misma iré ante el emperador Maximiano y desharé tan horrible calumnia.

INÉS.- Pero si no es calumnia, querida prima. Es verdad y acabo de confesarlo ante los jueces.

FABIOLA.- ¿Tú cristiana? ¿Y desde cuándo?

INÉS.- Siempre, prima mía. Jamás me he atrevido a decírtelo porque veía la prevención que tienes al cristianismo, al cual no conoces. ¡Ah! ¡Si tú supieras...! Pero ahora que voy a morir... porque ya estoy juzgada y dentro de breve tiempo vendrán a darme muerte aquí, en la pieza inmediata... Quieren hacerlo rápida y ocultamente, para evitar cualquier disturbio que pudiera tener lugar a la vista de mi ejecución.

FABIOLA.- ¿Y con tanta serenidad me lo dices? ¡No! ¡Imposible!

INÉS.- Querida Fabiola, no sólo estoy serena, sino que mi alma está inundada de gozo. ¿Y cómo no estarlo? Este es el día de mis desposorios; el día anhelado de mi corazón. Voy a unirme en el cielo con el mismo a quien amé en la tierra con todo el amor de mi alma.

FABIOLA.- Pero me dejas a mí, y eres mi única compañera, mi hermana. ¿Qué haré yo en la tierra sin tí? ¿Y qué harán tus padres y esa pobre Emerenciana, de quien eras hermana y protectora? ¿A todos nos abandonas así?

INÉS.- (Sin oírla.) ¡Si tu supieras! ¡Si tú pudieras vislumbrar su hermosura! Es mucho más hermoso que los ángeles que la rodean. ¡Cuán dulce es su sonrisa! ¡Cuán tierna su mirada! ¡Cuán amorosa la expresión de su semblante! ¡Ah! ¿Y esa dulcísima Señora llena de gracias que siempre le acompaña, que es nuestra Reina y nuestra Madre y tiene fijo en Él todo su amor? ¡Parece que me llaman, que me invitan a reunirme con ellos! ¡Pronto! ¡Pronto!... ¡Voy! (Hace una pausa.) Perdona, querida Fabiola; ¿qué me decías?

FABIOLA.- Te decía que no puedes morir así, tan niña, brindándote el mundo tantas dichas, y dejarnos.

INÉS.- La tierra no; el cielo es el que me brinda dichas... Ese cielo de que te hablaba Syra, y que es verdad, Fabiola. A él voy, a ser eternamente feliz.

FABIOLA.- Syra, la pobre Syra, quizás va también a morir. ¡Todos me abandonan!

INÉS.- ¿Syra a morir?

FABIOLA.- Sí. Está gravemente herida. Un malvado, un monstruo, el mismo, sin duda, que te delató como cristiana, pretendiendo tomar una imaginaria venganza, quiso herirme, y la noble, la generosa Syra, puso su corazón entre mi pecho y el arma homicida.

INÉS.- (Calla un momento.) No. Syra no morirá. Yo pediré a mi Esposo que no muera hasta que haya cumplido su misión. Escucha, querida Fabiola, voy a pedirte mi último favor: prométeme que seguirás los consejos de Syra, que es cristiana.

FABIOLA.- ¿Syra también?

INÉS.- Sí, también. Prométeme que seguirás sus consejos, porque, escucha: el único pesar que llevo de este mundo es no poder hacer la señal de la Cruz sobre tu frente como la hago sobre la mía; pero confío en Dios que algún día serás cristiana y nos reuniremos en el cielo, donde voy a esperarte.

FABIOLA.- Te lo prometo: oiré los consejos de Syra. Pero ¿por qué no te quedas a mi lado para introducirme en ese nuevo mundo desconocido para mí? Haré cuanto pueda para salvarte. Pediré de rodillas al Emperador el indulto para ti.

INÉS.- No, Fabiola, no; es tarde; sería inútil. ¡Escucha! ¡Ya vienen! ¡Ya vienen! ¿Oyes el ruido acompasado de los soldados en la galería? Son los testigos de mi boda, que vienen a buscarme. Mas yo veo allá en lo alto, sobre las brillantes nubes de la mañana, a mis compañeras, que siguen al Bienamado cantando un himno. Van vestidas de blancos ropajes y con palmas en las manos... Me invitan a que me reúna con ellas... Sí, sí: mi lámpara está encendida y salgo a reunirme con mi divino Esposo. ¿Oyes cómo el verdugo corre los cerrojos de la puerta?

(Se oye ruido.)

UNA VOZ.- ¡Salga la reo!

INÉS.- ¡Adiós, Fabiola! No llores por mí. ¡Si pudieras comprender cuán feliz es mi suerte! ¡Cuán dichosa soy al morir por Cristo! ¡Adiós! ¡Él te bendiga!

(INÉS sale, volviendo a cerrarse la puerta. FABIOLA cae de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos. Hay un momento de silencio. Después se oye música y voces lejanas que cantan.)

(Concluido el canto, FABIOLA escucha todavía un instante; después dice):

FABIOLA.- Sí. No hay duda. Son los ángeles, que, cantando, celebran su llegada...  
¡Inés! ¡Hermana mía! ¡Desde ese cielo donde habitas, acuérdate de Fabiola! ¡Ruega por mí!

([...] quedando FABIOLA arrodillada.)

Acto III

Lujoso salón en casa de FABIOLA, con ventanas a un jardín.

Escena I

FABIOLA, vestida de luto, EUFROSINA, luego, una esclava.

FABIOLA.- Hoy hace un año, buena Eufrosina, que Inés, aquel ángel de candor y de inocencia, dejó la tierra. Ni un solo día se ha apartado de mí su memoria, que está grabada en mi corazón. La dulce niña era tan buena, tan pura y candorosa, que es para mí un consuelo inefable pensar que no ha muerto, sino que vive en aquellas regiones de luz y felicidad inmensa de que Syra me habla... Mi padre también murió. Todos los seres que me amaban me han dejado...

EUFROSINA.- Señora, vuestro padre, al morir, os legó una inmensa fortuna, que os hace ser la dama más opulenta de Roma, la más noble, la más bella patricia. Preciso es que distraigáis esa tristeza y no os entreguéis a tan sombríos pensamientos.

FABIOLA.- ¡Imposible Eufrosina! Nada de la tierra podría alegrarme. Las vanidades del mundo me hastían y las desprecio cada vez más. Sólo Syra vierte un bálsamo consolador en mi espíritu con sus dulces palabras. ¿Cómo está hoy?

EUFROSINA.- Ayer el médico, al despedirse, dijo que le quedaban pocos días de vida. Sin embargo, ella no lo siente: ¡está siempre tan tranquila y risueña! ¡Pobre criatura! La herida no le causó la muerte instantánea, pero le ocasionó la enfermedad mortal que tanto la hace sufrir desde hace un año, minando su existencia lentamente...

FABIOLA.- ¡Syra! ¡Que no pueda yo con toda mi fortuna devolverle la vida que dio por mí! Nada he podido hacer por ella, pues hasta la libertad y fortuna que le ofrecía las rehusó.

EUFROSINA.- Se considera dichosa con estar a vuestro lado.

FABIOLA.- Dile que venga. ¿Qué haces?



EUFROSINA.- Hace un momento fui a llevarle una medicina y la encontré orando.

FABIOLA.- ¿Orando?... Pues no la interrumpas. Mira..., no soy cristiana; pero todos los seres nobles, grandes y generosos que he hallado sobre la tierra lo son, y... tengo para mí que la oración de un cristiano atrae misteriosas bendiciones sobre los lugares y personas por quienes se pronuncia.

UNA ESCLAVA.- (En la puerta.) Señora, Emerenciana pide permiso para entrar a veros.

FABIOLA.- Que pase esa querida niña.

(Vase la esclava.)

Escena II

Dichas y EMERENCIANA

FABIOLA.- Acércate, Emerenciana. ¿Por qué esa timidez, hija mía? ¿No sabes que quiero ser para ti una hermana, como lo era mi prima Inés? Vamos... ¿De dónde vienes?

EMERENCIANA.- Señora..., de las catacumbas.

FABIOLA.- Bien... Pero no me llames señora; llámame por mi nombre. ¿No sabes que soy tu hermana?... Syra y tú tenéis libertad para ir donde queráis y hacer lo que os plazca. Y... dime, ¿qué has hecho allí?

EMERENCIANA.- Como hoy celebra la Iglesia el aniversario de mi hermana Inés, se ha celebrado con gran pompa el Santo Sacrificio. La casulla era encarnada, en honor a su martirio. Cien blandones de cera perfumada ardían en el altar, y lámparas de oro y plata brillaban en derredor. ¡Qué hermoso estaba! Para acabar de celebrar el día, nuestro amado Pontífice ha dispuesto que se administre el bautismo a varias jóvenes paganas recién convertidas, y que acaban de instruirse en la fe.

(FABIOLA queda pensativa.)

EUFROSINA.- (Aparte.) Nada, no se rinde. Es demasiado altiva y ha de costar mucho. Y eso que las palabras de Syra, y sobre todo su virtud, son capaces de rendir corazones de piedra como el mío.

SYRA.- (Desde la puerta.) ¿Señora...?

Escena III

FABIOLA y SYRA; luego, una esclava.

FABIOLA.- (Levantándose.) ¡Querida Syra! ¡Cuánto has tardado hoy! (A las otras.) Dejadme sola con ella.

(Se retiran.)

SYRA.- Como es hoy el aniversario de Inés, he orado más largo, tiempo..., y estoy contenta, porque me parece que mi ruego ha de ser oído.

FABIOLA.- Sin duda por ser su aniversario he tenido esta noche un sueño extraño... ¡La he visto! Pero de una manera particular. Figúrate, querida Syra, que en mi sueño era de noche, y en medio de las tinieblas caminaba por un extenso campo. De repente, y como alumbrado por la radiante luz de la mañana, apareció a mis ojos un hermosísimo jardín. Flores de rara hermosura lo adornaban y árboles de belleza y frondosidad desconocida le daban sombra. Allí estaba Inés: Inés, con su vestido blanco y su cabellera como una cascada de oro... Pero estaba mucho más hermosa aún. La dulce niña tendía hacia mí sus manos y me llamaba. Con ella estaba también una matrona, por la que sentí extraña simpatía. Ambas me llamaban; pero al querer ir hasta ellas, vi con horror que nos separaba un abismo, por cuyo fondo corría un torrente. Era imposible pasar. Mas cuando afligida lo miraba, vi que las aguas subían lentamente hasta llenar el abismo, que se convirtió en ancho y caudaloso río. Inés seguía llamándome. Era preciso pasar a nado para llegar hasta ella, y me lancé a la corriente. Pero en lugar de hundirme, como temía, sentí que sin esfuerzo iba llegando... Entonces volví el rostro y vi que eras tú la que me sostenía para que no me sumergiera... ¡Siempre tú, querida Syra, salvándome la vida!

SYRA.- ¡No os acordéis de mí! Mas el sueño es en verdad misterioso y parece feliz presagio.

FABIOLA.- Vamos, ¿qué vas a leerme hoy en ese libro que traes en las manos? ¿Cómo se titula?

SYRA.- La Santa Biblia.

FABIOLA.- ¿De qué trata?

SYRA.- Trata de la doctrina que os explico algunas veces.

FABIOLA.- Ya sabes que el cristianismo me admira por su moral sublime, y desde que supe que Inés y tú erais cristianas, amo y respeto a los de esa religión, aunque no puedo resolverme a abrazarla... Pero no importa; lee, ya te escucho.

SYRA.- (Leyendo.) «Esclarecida es la sabiduría y que nunca se marchita, y fácilmente la ven aquellos que la aman, y la hallan los que la buscan.»

FABIOLA.- Yo, sin embargo, la busqué y me cansé de buscarla, porque los libros de filosofía sólo dejaron dudas y tinieblas en mi espíritu.

SYRA.- Señora, tal vez no es ésa la sabiduría de que este libro habla.

FABIOLA.- Prosigue

SYRA.- (Leyendo.) «Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no camina en tinieblas.»

FABIOLA.- ¡No camina en tinieblas! En verdad, será hermoso tener un camino seguro para no andar vacilando.

SYRA.- (Leyendo.) «Yo soy camino, verdad y vida.»

FABIOLA.- ¡Camino, verdad y vida! Pero ¿qué es necesario para conocer esa verdad y vivir de esa vida?

SYRA.- Querida señora, permitid que os conteste siempre con el libro... (Leyendo.) «Semejante es el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo, que cuando lo halla un hombre, lleno de gozo va y vende cuanto tiene y compra aquel campo.»

FABIOLA.- Es necesario, pues, dar todo cuanto tenemos, hasta nuestra libertad..., hasta nuestras facultades...

SYRA.- El cristianismo no nos priva de nuestra libertad, únicamente hace que hagamos buen uso de ella, practicando el bien con el esfuerzo, valor y constancia que la fe nos suministra. Cuanto a nuestras facultades, lejos de cercenarlas, las desarrolla y perfecciona admirablemente, ya que se inspira en la eterna verdad y en el origen y principio de todo lo grande, de todo lo noble, de todo lo bello.

UNA ESCLAVA.- (Entrando.) Señora, entre los papeles de vuestro padre, nuestro señor, se ha hallado este pliego lacrado y con sobre para vos. Los patricios encargados de revisar las escrituras os lo envían. (Se retira.)

FABIOLA.- (Mirando el pliego.) ¿Qué podrá ser?

SYRA.- Os dejo, señora, para que lo leáis. Aquí queda este precioso libro por si queréis estudiarlo.

FABIOLA.- Sí, sí. Con gusto repasaré sus paginas.

SYRA.- Adiós, señora. (Sale.)

#### Escena IV

FABIOLA, sola.

FABIOLA.- ¿Qué será esto? ¿Algún secreto de familia? Veamos. (Lo abre y lee para sí.) ¡Ah! ¡Cielos! ¡Mi madre era cristiana, y yo jamás lo supe! ¡Y llevo en mis venas sangre cristiana! ¡Yo..., que tanto odiaba y despreciaba el cristianismo! ¡Oh, madre mía, madre mía, perdóname! (Queda un instante pensativa, después se levanta y sale.)

#### Escena V

EUFROSINA y SYRA.

EUFROSINA.- (Entrando.) ¡Señora!... No está aquí. Creí encontrarla con Syra, y deben de haber salido las dos... Tal vez estén en el jardín.

(Sale y vuelve a poco con SYRA.)

EUFROSINA.- ¿Pero dónde habrá ido la señora?

SYRA.- Yo la dejé aquí un momento, ocupada en leer cierto pliego...

EUFROSINA.- (Asomada a la puerta.) ¡Afra! ¡Graia! ¿Sabéis donde está la señora?  
(Volviendo donde esta SYRA.) Me han dicho las esclavas que ha salido.

SYRA.- ¿Que ha salido? ¡Adónde? ¿Y con quién? ¿Salió sola? ¡Es extraño!

EUFROSINA.- No, con Emerenciana: estemos tranquilas. Pero ¿y vos, querida Syra, cómo os encontráis hoy?

SYRA.- A decir verdad, hoy me encuentro bastante mal..., pero...

EUFROSINA.- Pero os alegráis. ¡Egoísta! ¿Queréis dejarnos, vos, que tanta falta hacéis en esta casa?

SYRA.- No será antes de que termine mi misión. Así lo espero. Y vos, querida Eufrosina, ¿cuándo recibiréis el bautismo?

EUFROSINA.- Lo deseo ardientemente, y si el buen presbítero Dionisio me halla capaz, muy pronto tendré esa dicha.

SYRA.- Ya le rogaré que os examine, y espero que os hallará capaz. ¡Ay! También hallaría a Fabiola, que en punto a doctrina sabe cuanto es necesario; pero...

EUFROSINA.- Pero aún no se rinde, ¿no es verdad?

SYRA.- Yo tenía una dulce esperanza de que en el día de hoy, primer aniversario de aquella santa mártir, obraría en ella la gracia...; pero... ¡Oigo su voz! (Se acerca a una ventana.) ¡Dios mío! ¡Qué veo! ¡Es ella!

(Aparece FABIOLA vestida de blanco, seguida de muchas jóvenes vestidas de blanco también. EMERENCIANA la acompaña. FABIOLA se adelanta en medio del salón, y dice con voz fuerte.)

Escena VI

FABIOLA, SYRA, EMERENCIANA, EUFROSINA y grupo de jóvenes.

FABIOLA.- ¡Soy cristiana! ¡Viva Jesús, mi amor!

EMERENCIANA.- ¡Inés! ¡Hermana mía, tú desde el cielo lo alcanzaste!

SYRA.- (Cayendo de rodillas.) ¡Triunfaste, Jesús! ¡Triunfó tu amor! ¡Ya puedo morir!

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**